

La Adoración de los Reyes

Vinde vinde, Santos Reyes,
Vereill'a joya millor,
Un meniño
Como un brinquiño
Tan bunitiño,
Que á o nacer nublou ó sol!

Y desde la puesta del sol se alzaba el cántico de los pastores en torno de las hogueras, y desde la puesta del sol, guiados por aquella otra luz que apareció inmóvil sobre una colina, caminaban los tres Santos Reyes. Jinetes en camellos blancos, iban los tres en la frescura apacible de la noche atravesando el desierto. Las estrellas fulguraban en el cielo, y la pedrería de las coronas reales fulguraba en sus frentes. Una brisa suave hacía flamear los recamados mantos. El de Gaspar era de púrpura de Corinto; el de Melchor era de púrpura de Tiro; el de Baltasar era de púrpura de Menfis.... Esclavos negros, que caminaban á pie enterrando sus sandalias en la arena, guiaban los camellos con una mano puesta en el cabezal de cuero escarlata. Ondulaban sueltos los corvos rendajes y entre sus flecos de seda temblaban cascabeles de oro. Los tres Reyes Magos cabalgaban en fila. Baltasar, el egipcio, iba delante; y su barba luenga, que descendía sobre el pecho, era á veces esparcida sobre los hombros.... Cuando estuvieron á las puertas de la ciudad, arrodilláronse los camellos, y los tres Reyes se aparearon y despojáronse de las coronas é hicieron oración sobre las arenas.

Y Baltasar dijo:
—¡Es llegado el término de nuestra jornada!....
Y Melchor dijo:
—¡Adoremos al que nació rey de Israel!....
Y Gaspar dijo:
—¡Los ojos le verán y todo será purificado en nosotros!....

Entonces volvieron á montar en sus camellos y entraron en la ciudad por la puerta Romana, y, guiados por la estrella, llegaron al establo donde había nacido el Niño. Allí los esclavos negros, como eran idólatras y nada comprendían, llamaron con rudas voces:

—¡Abrid!.... ¡Abrid la puerta á nuestros señores!
Entonces los tres Reyes se inclinaron sobre los arzones y hablaron á sus esclavos. Y sucedió que los tres Reyes les decían en voz baja:

—¡Cuidad de no despertar al Niño!
Y aquellos esclavos, llenos de temeroso respeto, quedaron mudos; los camellos, que permanecían inmóviles ante la puerta, llamaron blandamente con el casco y casi al mismo tiempo aquella puerta de viejo y oloroso cedro se abrió sin ruido. Un anciano de calva sien y nevada barba asomó en el umbral. Sobre el armíno de su cabellera luenga y nazarena temblaba el arco de una aureola. Su túnica era azul y bordada de estrellas como el cielo de Arabia en las noches serenas, y el manto era rojo como el mar de Egipto, y el báculo en que se apoyaba era de oro, florecido en lo alto con tres lirios blancos de plata. Al verse en su presencia, los tres Reyes se inclinaron. El anciano sonrió con el candor de un niño, y, franqueándoles la entrada, dijo con santa alegría:

—¡Pasad!
Y aquellos tres Reyes, que llegaban de Oriente en sus camellos blancos, volvieron á inclinar las frentes coronadas, y arrastrando sus mantos de púrpura y cruzadas las manos sobre el pecho, penetraron en el establo. Sus sandalias, bordadas de oro, producían un armonioso rumor. El Niño, que dormía en el pesebre sobre rubia paja centena, sonrió en sueños. A su lado hallábase la Madre, que le contemplaba de rodillas con las manos juntas. Su ropaje parecía de nubes, sus arracadas parecían de fuego, y como en el lago azul de Genezaret, rielaban en el manto los luceros de la aureola. Un ángel tendía sobre la cuna sus alas de luz, y las pestañas del Niño temblaban como mariposas rubias. Los tres Reyes se postraron para adorarle, y luego besaron los pies del Niño. Para que no se despertase, con las manos apartaban las luengas barbas que eran graves y solemnes como oraciones. Después se levantaron, y volviéndose á sus camellos, le trajeron sus dones: oro, incienso, mirra.

Y Gaspar dijo al ofrecerle el oro:
—Para adorarte vinimos de Oriente.
Y Melchor dijo al ofrecerle el incienso:
—¡Hemos encontrado al Salvador!
Y Baltasar dijo al ofrecerle mirra:
—¡Bienaventurados podemos llamarnos entre todos los nacidos!

Y los tres Reyes Magos, despojándose de sus coronas, las dejaron en el pesebre á los pies del Niño. Entonces sus frentes, tostadas por el sol y los vientos del desierto, se cubrieron de luz, y la huella que había dejado el cerco bordado de pedrería era una corona más bella que sus coronas labradas en Oriente.... Y los tres Reyes Magos repitieron como un cántico:

—¡Este es!.... ¡Nosotros hemos visto su estrella!
Después se levantaron para irse, porque ya rayaba el alba. La campiña de Belén, verde y húmeda, sonreía en la paz de la mañana con el caserío de sus aldeas disperso, y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparado de las puertas, y las montañas azules y la nieve en las cumbres. Bajo aquel sol amable que lucía sobre los montes iba por los caminos la gente de las aldeas. Un pastor guiaba sus carneros hacia las praderas de Gamalea; mujeres cantando volaban del pozo de Efraim, con sus ánforas llenas; un viejo cansado picaba la yunta de sus vacas, que se detenían mordisqueando en los vallados, y el humo blanco parecía salir de entre las higueras....

Los esclavos negros hicieron arrodillar los camellos y cabalgaron los tres Reyes Magos, y ajenos á todo temor se tornaban á sus tierras, cuando fueron advertidos, por el cántico lejano de una vieja y una niña que

EPIFANIA

Iban los Reyes Magos del Oriente
preguntando por cada caserío:
«¿En dónde está, muchachos y muchachas,
de Belén el camino?»

Ni jóvenes ni viejo lo sabían.
Los reyes caminaban atraídos
por una estrella mágica, dorada,
de resplandor tranquilo.

Sobre la casa de José la estrella
se detuvo, y entraron, pues. El niño
gritaba, himnos los reyes entonaban
y el buey daba mugidos.

ENRIQUE HEINE.

Los Reyes Magos

De la niñez en los recuerdos vagos,
plácidamente señaló su rastro,
la noble escena de los Reyes Magos:
¡tres poetas en pos de un solo astro!

¡Visión que nutres inocentes dejos,
que iluminan la senda obscurecida!
En la barba de armíno de los viejos
juega la breve aurora de mi vida....

¡Oh, la Leyenda, madre sembradora
que arrea la nobleza de los bueyes
hacia Belén!

¡Qué poesía atesora
el viaje azul de los divinos Reyes!

EMILIO VALENZUELA.

Noche de Reyes

Triste el viento se queja entre las hojas,
gala y ornato de la fronda un día,
que hoy se mira rodar sobre la fría
Tierra, fingiendo lúgubres congojas.

Cae la tarde, sin que nubes rojas
tracen su pincelada de alegría.
¡Oh Invierno asolador; tú, á porfía,
á Natura de encantos la despojas!

La negra noche tiende su pavora;
se oye el rugido de los cierzos vagos
que extienden de la nieve la blancura

Y en esta noche triste y sin halagos
¡ay, sólo la niñez sueña ventura
con la venida de los Reyes Magos!

J. FLORES.

El Viejo Enero

Salve, salve, viejo en ro,
que en tu alforja de embustero
traes juguete á granel:
yo celebro tus engaños,
porque son, para mis años,
mariposas de papel....

¿Para tristes añoranzas
traes risueñas esperanzas
y futuros de arrebol?....
¿Y entretienes los dolores
con tus vidrio de colores
relucientes como el sol?

Bienvenidas sean tus mañas.
Pero.... viejo, no me engañas
con tus dichas de ropel,
y bien sé que tus promesas
son fingidas, como esas
mariposas de papel....

OSCAR HERZ.

LOS REYES MAGOS

La procesión continúa. Pasan ahora los magos y pasan engañosos. Los Reyes, amigos de la infancia, los que de noche trepan por los balcones, dejando aquí un juguete, allá una caja de bombones, más lejos moneditas, esos, los que engañan á los niños, van pasando.

Y pasan de noche. Quizás porque es muy claro pasar de día.

Esa es la vida. Hay que aliviarla con mentiras. Engañemos á la infancia, engañémonos nosotros mismos, que sin ello nada fuera llevadero.

Yo siento nostalgias de un mago. Hace mucho que lo espero, acaso no venga nunca. Hace mucho que lo espero. Mi viejo botón le aguarda ansioso sobre la azotea. Mi mago no viene; pero mi ya descompuesto calzado le aguarda aún. Yo no le conozco; pero guardo la ilusión de mi niñez. Nunca me ha traído nada. Mis raídos zapatitos amanecían así como lo había dejado la noche anterior. No había un juguete para mí. Los Reyes eran malos conmigo. El amanecer era un triste desencanto; pero mis amiguitos, los que tenían balcones y padres, recibían siempre un hermoso juguete. Por eso yo espero mi mago. Quizá tenga reservado muchas cosas para mí.

LILA MIRAL.

sentadas á la puerta de un molino, estaban desgranando espigas de maíz, y era este el cantar:

Camiñade Santos Reyes
Por camiños desviados,
Que pol'os caminos reales
Herodes mandou soldados.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.

Lo que lleva el rey Gaspar

Los tres Reyes han salido de sus palacios. Los tres son viejecitos. El Rey Melchor es alto, con una barba blanca, con sus ojos azules, con sus anteojos de oro. El Rey Baltasar es bajo, un tantico encorvado, con un bigote largo y una perilla más larga todavía. El Rey Gaspar no usaba nada en la cara: va afeitado, pulcro, correcto; pero su nariz cae un poco en gancho sobre la boca, y en la comisura de sus labios hay algo como una sonrisa equívoca, inquietante como una ironía vaga, desconsoladora. Yo os digo desde este instante, pequeños amigos míos, que no perdáis de vista á este viejecito....

Los tres Reyes van caminando durante la noche por un camino largo; las estrellas brillan serenas, rutilantes, en la bóveda negra; abajo en la tierra, tal vez en la lejanía remota, se oye un grito perdido ó se ve el resplandor incierto de una lucecita. Esta lucecita indica una ciudad. Los Reyes han llegado ya á esta ciudad. Ya van á recorrer sus calles; ya van á detenerse ante las casas; ya van á meter las manos en sus grandes arcas; ya van á dejar en los balcones sus dádivas ansiadas. Pero los tres se detienen un momento antes de penetrar en la ciudad. Antes—ya lo habréis oído contar—estos Reyes eran muy ricos y les ponían sus regalos á todos los niños de todas las casas de todas las ciudades; pero el tiempo ha corrido mucho; las circunstancias han cambiado mucho para los Reyes, y estos tres excelentes monarcas, á fuerza de prodigar sus dones, han venido á ver grandemente mermado su caudal. Quiero decirlos que Gaspar, que Baltasar y que Melchor se ven todos los años en el terrible compromiso de no dejar sus recuerdos preciosos sino á tales ó cuales niños que el azar les designa.

Los tres Reyes se han detenido á las puertas de la ciudad. Melchor, el de la barba blanca y los ojos azules—no creáis á quien os lo pinte con la tez negra,—tiene delante de sí una gran arca, que él ha abierto para inspeccionar qué es lo que queda en ella. Baltasar, el de la perilla y el bigote—reiros de los que os lo representen de otro modo—tiene también su arca, y en ella, con el mismo fin, ha hecho su recuento. Gaspar, pequeños amigos míos, no tiene arca, no tiene equipaje, no tiene ningún camello; ni caballo, ni asno en que llevar lo que ha de regalar á los niños; pero tiene una nariz un poco encorvada y unos labios que expresan una ironía suave, vaga, inquietadora.

Los tres Reyes han hecho ya su arqueo y se disponen á penetrar en la ciudad. Como van siendo ya pobres, ellos no llenan las cestas que hay en todos los balcones, sino que, según la comodidad ó el capricho, dejan sus mercedes y regalos en unos—que son pocos—y pasan de largo ante otros—que son muchos.—He de decirlos que para que sean más los niños favorecidos, los tres Reyes han convenido, no en donar los tres sus regalos á todos los niños elegidos, sino en que cada uno haga una donación á cada niño. Y así, de tarde en tarde, Melchor se para delante de una casa y abre su arcón, luego deja en la ventana su dádiva. Lo que este Rey de la barba blanca regala, se llama INTELIGENCIA. Al cabo de un largo rato, Baltasar se detiene ante otra casa y mete la mano en su tesoro; después pone su dádiva en la ventana. Lo que este Rey del bigote y de la perilla dona, tiene por nombre BONDAD.

Y sólo este histórico Rey Gaspar, este Rey de la nariz picuda y de los labios apretados, sólo este Rey pasa, y pasa y pasa ante los balcones y no se detiene sino ante uno, ó dos ó tres de cada ciudad. Y ¿qué es lo que hace entonces el Rey Gaspar? ¿Qué es lo que regala este Rey? ¿Por qué es tan sordido, tan avaro, tan riguroso en sus regalos? Todo el tesoro de este Rey está en una diminuta caja de plata que él lleva en uno de los bolsillos de su levita—no olvidad que los Reyes usan ahora levita.—Cuando Gaspar se detiene ante un balcón, allá, muy de tarde en tarde, él echa mano de su pequeña caja, la abre con cuidado y pone su donativo en el balcón. No es nada lo que ha puesto: es una cosa insignificante, es como humo que se disipa al menor viento; pero este niño favorecido con tal regalo gozará de él durante toda la vida y no se separarán de él ni la felicidad ni la alegría.

El Rey Gaspar ha depositado ya su regalo. Sus ojos verdes—no os he dicho antes que eran verdes?—brillan fosforescentes; su nariz parece que baja más sobre la boca, y en los labios se dibuja con más profundidad su ironía vaga. Acercaos, pequeños amigos míos; yo os quiero decir lo que el Rey Gaspar lleva en su caja. Sobre la tapa, con letras diminutas, pone: ILUSIONES. AZORÍN.

LOS REYES

Van pasando soberbios, en su indiferencia altiva de monarcas de leyendas orientales, erguidos en el camello hecho á atravesar desiertos arenosos y á mascar el fruto dorado y dulce de las palmas.

Así los vemos, grabados aún en la mente, como una evocación vívida de los lejanos días de la infancia.

Van pasando graves, pero bondadosos, con la alforja rebosante de dádivas para sus amigos los niños, según el tierno simbolismo cristiano. Pero ya nada traen para nosotros los que, ofuscados por el resplandor de la lucha cotidiana, no acertamos á distinguir á lo lejos la estrellita humilde que cobijara con sus rayos el pesebre divino.